

¿LE DEJARON ENTRAR?

El pequeño Enrique escuchaba a su padre leyendo la Biblia. Oyó las palabras del Señor Jesús:

“He aquí, yo estoy a la puerta, y llamo: si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” (Apocalipsis 3:20).

Súbitamente Enrique se levantó y corrió al lado de su padre, y le preguntó ansiosamente: “¿Le dejaron entrar?”

Querido lector, tal vez el Salvador está llamando a la puerta de tu corazón. ¿No quieres decirle quietamente, “Señor Jesús, —ven, entra en mi corazón”? El nunca rehusará aceptar tal invitación.

EL AMOR DE JESUCRISTO

¡Cuán sublime es esta fuerza divina — que tiene de humana también — EL AMOR DE JESUCRISTO que ha podido conquistar los corazones de millares de millares de seres humanos durante el curso de casi dos mil años! judíos y gentiles; hombres y mujeres; ancianos jóvenes y aun los niños; ricos y pobres; reyes y súbditos; libres y esclavos; inteligentes e incultos; civilizados y salvajes.

Las Sagradas Escrituras nos hablan mucho de su amor, lo cual se manifestó en un sinnúmero de casos.

Amó a un joven recto y rico, pero éste amaba más a sus riquezas que a Jesús, y **“se fue triste.”** (Marcos 10:17-22).

“Amaba Jesús a Marta, y a su hermana, y a Lázaro” (Juan 11:5). Estos tres hermanos le querían mucho y le daban hospedaje.

Amaba a sus discípulos **“que estaban en el mundo, y amólos hasta el fin”** (Juan 13:1). No los dejó, pero ellos, — todos — le abandonaron cuando fue prendido por los judíos (Mateo 26:56).

El apóstol Juan tenía un sentido muy profundo del amor de Cristo hacia él, pues no menos de cinco veces en el Evangelio que escribió, se refirió a sí mismo, de esta manera: **“aquel discípulo al cual amaba Jesús”** (Juan 13:23; 19:26; 20:2; 21:7,20).

El apóstol Pablo, antes el perseguidor feroz de los cristianos, una vez perdonado, exclamó: **“el Hijo de Dios, el cual me amó, y se entregó a sí mismo por mí”** (Galatas 2:20).

Y todos los pecadores, perdonados y redimidos por la virtud de la sangre preciosa de Cristo, a una proclaman: **“Al que nos amó, y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre...a El sea gloria e imperio para siempre jamás. Amén”** (Apocalipsis 1:5,6). Querido lector, y tú, ¿no amas a Jesús?

Toda Correspondencia debe dirigirse a la redacción: Mensajes del Amor de Dios, 35612-11th Avenue S.W., Federal Way, WA 98023 EUA. Se manda un Evangelio del Apóstol Juan al que lo solicite, con límite de un solo ejemplar a cada solicitante. Favor de escribir su nombre y domicilio con letra de molde.

Esta publicación se manda gratis al que la solicite.



MENSAJES del AMOR de DIOS

“Está establecido a los hombres que mueran una vez, y después el juicio; así también Cristo fue ofrecido una vez para agotar los pecados de muchos”



A TRAVES DE LAS CATARATAS DEL NIAGARA

Charles Blondin, un francés, el más famoso acróbata de cuerda floja del mundo, realizó la hazaña increíble de atravesar las cataratas del Niágara sobre un cable, llevando un hombre en sus espaldas.

Su primera visita fue realizada en el año 1859. Cien mil personas se volvieron casi frenéticas mientras le miraban corriendo, cabriolando, haciendo volteretas, andando hacia atrás, sentándose, acostándose, andando con canastillas en los pies y aun andando con zancos.

Cuando llegó a la otra orilla sin novedad, la gran muchedumbre estaba casi agobiada de temor.

Al año siguiente volvió a repetir la hazaña. Llevando una vara que pesaba 18 kilos para mantener su equilibrio, Blondin se lanzó por adelante y por atrás como un mono juguetón. Anduvo empujando una carretilla, y comió una torta que cocinó sobre una plancha, a medio río. Finalmente, puso pie en la orilla americana y oyó los aplausos de los millares de espectadores.

Luego él, saludándoles con la mano, gritó:

—No quiero volver solo al otro lado. Quisiera llevar un hombre sobre mis espaldas. ¿Quién se ofrecerá como voluntario?

No hubo ninguno. Se dice que él preguntó al Príncipe de Gales (más tarde el Rey Eduardo VII) que estuvo presente, si quisiera acompañarle. El Príncipe Eduardo respondió que no dudaba de su habilidad, pero que no se atrevía correr el riesgo.

Por fin Blondin invitó a su agente, Enrique Colcord, diciendo:

—¿Cree Ud. que puedo llevarle?

—Sí—, le contestó.

—Entonces, ¿confiará en mí?

—Sí.

—Muy Bien. Vámonos.

Con el Sr. Colcord montado encima de sus hombros, lentamente iban atravesando las cataratas, el Sr. Colcord temblando de pies a cabeza. Pero al llegar cerca de la orilla canadiense, uno de los tirantes de alambre se rompió y el cable empezó a oscilar. Blondin — casi exhausto — se dio cuenta de la gravedad de la situación; y después de una pausa, se esforzó por llegar a la orilla canadiense del abismo del Niágara: ¡se puso a correr! Cómo mantuvo su equilibrio sobre el cable oscilante, nadie pudo comprender, pero ¡llegó! La muchedumbre estaba frenética de emoción y grandemente excitada.

El gran acróbata no volvió a atravesar más las cataratas del Niágara. Hace un siglo Blondin murió.

Pero hay quien no muere para siempre jamás y que puede llevar a cualquier pecador a salvo a través de las aguas temibles de la muerte y del juicio de Dios, y hacerle llegar con toda seguridad a la orilla celestial. ¡Es Jesucristo, el Hijo de Dios! **“Está establecido a los hombres que mueran**

una vez, y después el juicio; así también Cristo fue ofrecido una vez para agotar los pecados de muchos; y la segunda vez, sin pecado, será visto de los que le esperan para salud” (Hebreos 9:27,28).

Nosotros, hombres pecadores, no podemos eludir a la muerte por un lado, tampoco soportar el juicio justo de Dios por el otro. Pero vino Jesucristo y murió por amor a nosotros, habiendo soportado el juicio divino que merecíamos por el pecado. Al tercer día resucitó triunfalmente de entre los muertos. Blondin y los demás héroes de antaño están muertos. ¡Cristo vive para siempre jamás! Por lo tanto El, por haber padecido en nuestro lugar, está dispuesto y capaz para llevar al pecador arrepentido completamente a salvo a través del abismo temible de la muerte y del juicio divino hasta la orilla celestial, la casa del Padre.

¿No tienes el deseo de entregarte a esos brazos todopoderosos de amor eterno?

EL NIÑO Y EL COCODRILO

En ciertos ríos y pantanos hay reptiles muy temibles; es el cocodrilo. Las lanzas y las flechas de los cazadores no pueden horadar la armadura de su pellejo grueso y duro. Suele yacer casi sumergido en el río, con solamente su hocico y ojos medio cerrados por encima del nivel del agua. Parece como el tronco de un árbol flotando. Cuando un animal sediento llega a la orilla del río para beber, sin notar la presencia del cocodrilo, éste repentinamente abre su boca grande llena de muchos dientes fuertes, y coge su víctima.

Muchos de los cocodrilos tienen una guarida en donde depositan sus víctimas para cuando tengan hambre de nuevo.

Sucedió un día que en Africa un niño llegó a la ribera de un río. Había sido amonestado muchas veces por sus padres acerca del gran peligro de ser devorado por un cocodrilo, pero esta vez el niño no advirtió lo que parecía un tronco a flote. Cuando dio las espaldas al río, el cocodrilo subió del agua repentinamente, agarró con sus enormes dientes de una pierna al niño y lo jaló debajo del agua. Medio ahogado, aterrorizado y lleno de dolor en la pierna herida, el niño perdió el sentido. Fue llevado por el reptil a su guarida y depositado en el suelo. El cocodrilo volvió al río, pero más tarde vendría para devorarlo.

Poco a poco el niño recobró el sentido. Estaba envuelto en las más densas tinieblas. Su pierna le dolía terriblemente. “¿Dónde estoy?” se dijo. Luego se acordó de las mandíbulas que repentinamente se cerraron sobre su pierna y lo jalaron debajo del agua, y se dio cuenta que estaba en la guarida del cocodrilo, el cual en cualquier momento podría volver para devorarlo.

¡Pobrecito de él! ¡Si pudiera escapar de esa prisión terrible! No se atrevió a zambullirse en el agua y procurar nadar a la ribera, por miedo de que el cocodrilo volvería a agarrarlo. ¿Qué podía hacer? Nada.

El había asistido a algunas reuniones en la Escuela Dominical y había oído a los cristianos hablar del Dios verdadero, y de Jesús, su Hijo amado, el Salvador y Amigo de los pecadores, quien escucha y contesta las oraciones de los que claman a El. ¿Podría el Señor rescatarlo ahora? ¿Podría ver un pobre niño africano en esa caverna oscura y compadecerse de él? Esta era su única esperanza. El gritó: “Oh Señor, ¡ayúdame, por favor! ¡Por favor, socorro!” una y otra vez.

Mientras yacía en el suelo de la guarida,

vio un rayito de luz que entraba por una hendidura pequeña en el techo de la caverna. Entonces procuró quitar el material con sus uñas, pero era muy duro y no podía remover nada.

¡Luego oyó pisadas arriba! Alguien andaba allí. El gritó a más no poder, y a la vez oró: “¡Socórreme, Señor Jesús!” Un hombre andaba por las cercanías y oyó una voz inusitada que parecía salir de la tierra. Se arrojó y puso su oreja contra el suelo. ¡Sí, venía de la tierra! Corrió a la aldea, buscando ayuda. Con él vinieron otros corriendo y llevando picos y palas y empezaron a cavar la tierra. Pronto vieron al niño; ensancharon el hoyo y luego lo sacaron de las tinieblas de la cueva a la luz hermosa del día. Lo llevaron al hospital de una misión donde lo atendieron tiernamente. ¡Oh cuán agradecido estaba el niño, rescatado así de tan terrible muerte!

Ese cocodrilo nos hace pensar en Santanás, esa serpiente antigua, o sea el diablo, y el niño atrapado por aquel reptil fuerte nos presenta el cuadro vivo de un pobre pecador tomado y cautivado por **el pecado**. Tal es la condición de toda persona que no tiene a Jesús por Salvador.

Pero si tal es tu caso, el Señor Jesús oírás tu clamor: “Señor Jesus, sálvame,” y en un momento te rescatará del poder de Satanás y del pecado. Te sacará de las tinieblas del abismo del pecado y te levantará al regazo de su amor, y algo más: cuidará de ti ahora y para siempre. ¿No le pedirás esto ahora?

“Resignadamente esperé al Señor, e inclinóse a mí, y oyó mi clamor. E hizo sacar de un lago de miseria, del lodo cenagoso; y puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos. Puso luego en mi boca canción nueva, alabanza a nuestro Dios” (Salmo 40:1-3).